



# LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

## SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

CLEMENTE DE CASTRO

Filosofía, y no temas.

JULIO MATA

Les pícaros celos...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Psiquis.

JACINTO QARMÍN

Las falsas apariencias.

FERNANDO AMADO

El pago de la indiscreción.

FÉLIX RECIO

Mis memorias de viejo casto.

LUIS DE OSSA

Los celos todo lo pueden.

TOVAR, CYRANO, DEMETRIO

y ALFONSO

Caricaturas varias y retrato de  
Mis Nelly Nell.



MIS NELLY NELL

«Danseuse» inglesa, muy celebrada en España.

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.





“YA HABRÁN VISTO LOS FRANCESES...”

París.— Dos mujeres, de nacionalidad española, llamadas Dolores Ruiz y Laura Ail, sostuvieron esta tarde una violenta reyerta motivada por celos.

Laura disparó á Dolores tres tiros de revólver, que le causaron gravísimas heridas.

La agresora, que es vendedora de oficio, se fortificó en su domicilio, en el que á duras penas pudo ser capturada por los agentes de la autoridad.

(De un periódico.)

El suceso tiene miga; porque es fácil que comprenda Francia, al fin, que “ega mentiga,” la fantástica leyenda de la “navaca,” en la liga...

Las mujeres españolas (llámense Lauras ó Lolas), cuando por celos se batan, es posible que se maten con revolvers ó pistolas.

Eso de llevar “navacas,” en las ligas la mujer (llámense Pepas ó Pacas), sólo se ha visto en las “macas,” de Dumas y de Gautier.

Las que llamamos “bravías,” en sainetes y comedias, melodramas y tragedias, ni antaño ni en nuestros días llevaron eso en las medias.

Las mujeres arriscadas, las hembras de armas tomar,

acaso—si son delgadas— se pongan medias de armar; ¡pero no medias armadas!

Quizá Teófilo Gautier, igual que Alejandro Dumas, llegasen antaño á ver unas medias de mujer con puntos... como sus plumas.

Pero medias “empalmadas,” por la liga—ni caladas ni sin calar—no sé yo que las vieran. ¡Como no fuesen las medias... tostadas!

Llámense Lauras ó Lolas, de Chamberí á Lavapiés no ha habido nunca manolas cual las “macas,” españolas... traducidas al francés.

¡No!... Yo, en las mil y una nocnes que pasé con mis amigas en eróticos derroches, tan sólo les ví en las ligas encajes, gomas y broches.

A las altas y á las bajas, como *perchas ó tinajas*, he visto empuñar el cetro del amor; pero, ¿navajas en las ligas?... ¡Vade retro!

Permitidle, pues á *menda* (sin escarola), que os diga que el suceso tiene miga; porque es fácil que comprenda Francia, al fin, que “ega mentiga,” la fantástica leyenda de la “navaca,” en la liga...

Carlos Miranda



# FILOSOFÍA, Y NO TEMAS

**P**ARA andar cómoda y tranquilamente por el mundo, la filosofía es más necesaria que un buen par de zapatos.

El hombre que haya logrado acumular en su espíritu una buena dosis de aquel difícil arte ó ciencia que bautizó Pitágoras, puede considerarse calzado para toda su vida y por modo excelente.

Claro es que, al hablar aquí de "filosofía", no aludo á esa empachosa filosofía especulativa que Voltaire calificó de "novela bastante más aburrida que la de *Las mil y una noches*"; sino á esa otra filosofía "práctica", puramente mundana, que infundiéndonos una abundante dosis de resignación y reflexión, nos enseña á ser tolerantes, disculpadores, cautos y á tener otras muchas flexibilidades de voluntad indispensables para aguantar sin quebranto las duras cargas de la existencia.

En este punto, el pobre señor don Emilio X, que empezó siendo prestamista y hoy es banquero acaudalado y mayor contribuyente, ha llegado á los límites de lo sobrehumano y maravilloso. ¿De dónde pudo sacar X. tanta paciencia? Nadie sabía decirlo: como Dios, X. lo perdona todo, apareciendo en el seno de esta humanidad egoísta que nos ciñe y ahoga, como un "fenómeno de generosidad", cuyo nombre los novelistas y futuros hacedores de diccionarios enciclopédicos, debían inmortalizar.

Y vamos al grano.

Hace poco tiempo, don Emilio, que pasa de los cincuenta años, realizó la hazaña temeraria de dar su mano (ya un poco trémula) á una joven que apenas contaba veinte abriles. ¿Podría el amor salvar aquel abismo fatal de treinta años que separaba al marido de la esposa? X., con una bravura heroica, acometió la empresa. Y tú, lector discreto, dirás como yo: "¿Para cuándo se guarda la Laureada de San Fernando?"

Durante los primeros meses de boda, X., que era muy devoto, no se cansaba de enderezar al Altísimo la siguiente súplica:

—Señor: haced que mi mujer no me engañe.

Pero el cielo que, según enseña un antiguo adagio, "sólo ayuda á los valientes", pocas veces protege á los temerarios. La joven tuvo un amante: es un muchacho rubito, de la buena aristocracia madrileña, que monta á caballo muy bien y cuyo apellido figura, en

los programas de todas las carreras. Por aquella época, X. ignoraba aún las liviandades de su "mitad"; pero las adivinó; fué una revelación de su vieja alma enamorada; algo terrible que delectó en los ojos y sobre los encendidos labios de su compañera.

Pero X. renunció á toda investigación, prefiriendo la duda, con visos de esperanza, á la



—¡Anda la osa! ¡Así salen luego tan desgastados!

certidumbre, toda suciedad y deshonor. A partir de aquel instante, el desdichado añadía á su petición primera:

—Y, si me engaña, que yo no lo sepa...

X. cerraba los párpados ante lo evidente: no quería ver nada, ni oír nada, y se envolvía en su ignorancia para morir como César en la toga. Llegó el momento, sin embargo, en que ya no pudo defenderse más; una carta que la adúltera había olvidado sobre la mesilla de noche, iba á explicárselo todo. Entoces X. cayó de rodillas, juntando sus manos temblorosas, agregando á sus dos primeras súplicas este último y desesperado ruego:

—Y, si lo sé, Señor, que no me importe.





**El comerciante.**—No porfie, usted, señora; este abrigo le sienta muy bien.

**La mamá.**—Pues yo me apuesto la cabeza á que no le viene á mi niña.

**La niña** (aparte á la mamá).—No la apuestes que la pierdes.

Creo que don Emilio ha tenido la alegría, un poco triste, de ver realizado este anhelo. **Ella** le burla... y él se encoge de hombros. Lo que acredita la utilidad de la cachazuda filosofía y la verdad de que Dios aprieta, pero no ahoga.

**Clemente de Castro**



## SUCEDIDOS...

Cosa absolutamente cierta de la que respondemos con nuestras cabezas.

Ella: una tiple muy linda que se ha quedado este año sin contrata en Madrid. El amante de su corazón, un marquesito rubio, emparentado muy de cerca con un ministro. El

pagano de los caprichos de la tiple, un banquero, senador por más señas, viudo y con una hijita casadera bastante guapa.

Pues bueno: el marquesito y la tiple habían proyectado un viaje á París. Viaje de disfrute, de abandono... ¡ya se lo figurarán ust' des todo!

Pero el señor mayor tuvo al mismo tiempo idéntico capricho; y al joven, después de pensarlo mucho, no se le ocurrió cosa mejor que preguntar á la tiple:

—¿Lleva á su criado?

—Supongo que sí.

—Haz que le despida y me recomiendas para la vacante.

Dicho y afeitado.

Porque el marquesito se afeitó, fué admitido por el banquero senador como criado... y allá por París anda sirviéndole á él... y á ella.



—A qué vendrá esta moda de los camareros de preguntarle á una que dónde quiere la leche...



# LOS PICAROS CELOS...

**L**os celos constituyen un feo vicio que ha perdido á una porción de mujeres, desde las dulces costillas de los hombres primitivos hasta la no menos dulce de un sujeto que yo conozco.

Hay en la Historia páginas enteras consagradas á los más ilustres celosos y celosas de todas las edades, como hay en la vida íntima de cada ciudadano terribles dramas ocasionados por un acceso de celos, infundados unas veces y legítimos otras.

Pero como no es mi pretensión endilgar al respetable público, ora celoso, ora indiferente, una perorata empalagosa, sino que he cogido la pluma sólo para contar lo que le acaeció á la supradichaseñora del citado amigo mío, dejo en paz á la Historia y á sus innumerables arrebatos de celos y empiezo mi narración.

El amigo de referencia tuvo siempre fama de galanteador y enamorado, dándose en él el caso de que además de llevar la fama cargaba la lana, ó, lo que es lo mismo, perseguía sin descanso á viudas, casadas y solteras, las acosaba denodadamente y no paraba hasta rendirlas ó caer de bruces ante un padre terrible ó un marido celoso de su honra.

Conviene saber que las que menos trabajo le dieron fueron las viudas. (Misterios de la naturaleza femenina.)

Un día sintióse mi amigo enamorado pla-

tónicamente y de un modo definitivo. Había encontrado la compañera de su vida y no vaciló en casarse á riesgo de tener que romper las narices á cualquier otro galanteador que tratase de imitar con su cándida esposa los atrevimientos y tropelías que cometiera él en otro tiempo.

A los tres meses de matrimonio se le acabaron de repente el amor platónico y el otro



*El médico.*—De estos ataques que le dan á su esposa, usted sólo es el culpable.

*El marido.*—¡Pero doctor! ¡Si yo no la hago nada!

*El médico.*—Por eso precisamente.

y echó de menos sus aventuras callejeras, á la sazón en manos de vulgares morodeadores; y decidido á no enmohecerse en la monotonía de la vida conyugal, lanzóse á la lid con nuevos é irresistibles bríos.

La esposa de mi amigo seguía siendo feliz: nada material le faltaba, y en cuanto á cosas morales, tenía el respeto y la consideración de su marido, que si fuera de casa era una especie de sultán, dentro de ella observaba una conducta irreprochable.

Pero la cándida costilla empezó á maliciarse que aquella irreprochabilidad era aparen-



te, y resuelta, como en los dramas de hace veinte años, á saberlo todo, dedicóse á espiar á su incansable dueño y señor.

En la casa de enfrente vivía una viuda hermosísima en compañía de la cual creyó ver cierto día la pobre esposa una figura que la emocionó, hondamente, por lo que se propuso no parar hasta ver aclaradas sus dudas.

Y una noche se las compuso de tan hábil modo, que al entrar en su habitación la vi-



—¡Para que luego le diga yo á mi mujer que no aguantó ancas de nadie!

da y el misterioso acompañante, esperábales Lucía oculta en un armario.

Una mujer celosa es capaz de llevar á cabo los más peligrosos espionajes.

Mas ¡oh, dolor! la habitación estaba á oscuras, y como el varón no decía palabra, ni por la voz pudo conocerle Lucía.

La viuda pasó á otra sala contigua y el caballero desfiló por donde había entrado también, sin decir palabra, cosa que hubo de extrañar bastante á la esposa. ¿Era mudo? ¿Estarían reñidos ambos amantes? ¿Qué significaba aquel silencio? ¿Sería conveniente desistir del espionaje y no exponerse á mayores aventuras?

Lucía sintió ruido de pasos cerca del armario, y encomendóse á su divina santa. Una mano cautelosa hizo girar la cerradura, y una voz más cautelosa aún la invitó á salir de su escondite con estas palabras:

—Ya estamos solos.

Salió Lucía temblando de miedo, y apenas hubo abandonado el armario, sintióse abrazada impetuosamente y tendida en un diván. En aquel momento atravesó su mente una idea luminosa: dejarse seducir por su marido y darle luego la sorpresa de un reconocimiento.

El desconocido debía ser hombre poco amigo de abusar de las circunstancias ni de precipitar los acontecimientos, por cuanto entabló con Lucía el siguiente diálogo con voz quedísima:

—¿Has tenido miedo?

—Sí—respondió Lucía, sin duda por decir algo.

—¿Cuánto te quiero!

—¿De veras?

—¡Te lo juro!

—¡Oh!

—¿Y tú?

—¡Ah!

—¿No me contestas?

—Sí... Te quiero mucho.

—¿Sin reservas?

—Sin ninguna reserva.

La idea de la venganza volvió á cabrillear en su mente.

Y, en efecto... Varios minutos más tarde decíale Lucía á su amor fingiendo no haberle conocido ni tratado tan íntimamente hasta entonces:

—¡Tú, tú eres el hombre que me ha dado la verdadera felicidad!

Al amor ocurriósele encender un fósforo, acaso para extasiarse en la contemplación de su amada, y Lucía estuvo á punto de caer desmayada al suelo.

¡Era él un apuesto capitán de húsares de Pavía.

La dulce esposa se había excedido lamentablemente en sus celos.

Julio Mata.

LEA USTED EL JUEVES

UN ALMA INEXORABLE

por E. GÓMEZ CARRILLO

20 CÉNTIMOS



## P S I Q U I S

**R**A deliciosa y tierna, suave y escurridiza; en su carne había ese vago vislumbre azulino que queda en las ropas blancas lavadas con un poco de añil, y que la hacía más blanca, más lisa, más bruñida; sabía yo, además, de su fisonomía, esa fisonomía que alcanza el buen fisonomista, otras cosas pequeñas é inefables, las cosas que definen y aproximan á la mujer: que sus manos febriles hortigaban un poco de una sensación destemplada y sudosa; que padecía de su naricilla desde que pasó la difteria; que su pecho, por *cualquier cosa*, la era muy doloroso de puro tierno y criaturita; que tenía una cicatriz de la que me contó varias veces la historia infantil de unas tijeras que se clavó ó de un gato que la arañó; que su aliento olía un poco á niño chico y eso llenaba de ternura; que toda ella era suave y continua por lo niña que era aún, y sólo en el esternón un huecillo ponía un tropiezo en que era agradable tocar é insistir, como es agradable toda imperfección pequeña y *única* de la mujer, y eso la *daba mucha rabia*; que se quemaba siempre las puntas de su melena, y el quemado hacía *pardear* mucho su pelo; que con el kool acabaría por matar sus pestañas; que sin flequillo era otra con más llaneza y más ingenuidad; que rompía todas las medias por el talón, siempre por el mismo sitio, y no podía llevar los pantalones sino mucho más arriba de las rodillas, porque no podía resistir por sensibilidad la puntilla *ahí*; que la gustaban los zapatos de color, porque los negros hacen *pies de muerto*, según su decir.

Sabía ya todo eso, aunque así á trechos, en impresiones que vivían muy de momento, muy en su cercanía; pero que hoy, que ha desaparecido quizás para serme más dulce, serían cosas irritantes, borrosas é indeterminadas si no hubiésemos ido aquella mañana al Museo de Reproducciones.

El Museo de Reproducciones tiene un aire solitario, libre y escapado á la ciudad por el que es bueno que pase la mujer á quien se quiere. La propuse entrar y pasamos. Se puso alegre, la gustaron los niños del Nilo; hubiera querido subir al carro de yeso del César; se miró en el espejo que hay para mirar el techo de Jordaens "sobre el ofrecimiento del Toisón", y se compuso los rizos en él, creyendo que estaba allí para eso.



—Señorito. ¡No muevan ustedes mucho la caja del coche, que el caballo protesta!

Aquella puerilidad me pareció que superaba el objeto del espejo, y la dije viéndola en su luna, reproducida en el cielo pintado, junto á los ángeles, los reyes, las mujeres simbólicas y las nubes:

—Tú eres la más admirable de ese fresco y á ti te ofrecen el Toisón...

Ella miró en el espejo hacia detrás y me sonrió.

En la sala abandonada del Egipto, llena de reserva, la apreté el talle, y ella me dijo señalando una tablilla:

—Mira: "Se prohíbe tocar los objetos", y por si no lo entiendes: *On prie de ne pas toucher les objets.*

La intimidaron las corpulencias descomunales de las grandes reproducciones. Puso defectos de mujercita nerviosa y femenina á las bellezas clásicas demasiado austeras; encontró parecido con un amigo en una cabeza persa; sonrió con mimo y gustó á las Tana-





—Estás gordita; así dice tu marido que engañas vestida.

—Pues cuando engaño es cuando estoy desnuda.

gras; se asustó de Mausoleo, y entramos en la sala de las Venus. Allí se quedó extasiado frente al torso desnudo y nubil de *Psiquis*, y me dijo al oído señalándole y bajando la cabeza, como la estatua la tiene:

—Así es tu Ana...

—¿De verdad? ¿Sí? Fíjate. Mira que te voy á creer, y si no fuera verdad, el que me defraudaras sería peligroso.

Ella levantó los ojos, volvió á entrar en toda la desnudez del torso clásico, como *probándose*, y repuso bajando otra vez sus ojos y como temblando de escalofrío al desabrigarse.

—Sí... Sí... Así, enteramente así... Igual...

Lo dijo con tal convicción, despojándose tan realmente de su blusa de seda cruda y su camisita que me conmoví, y miré á la *Psiquis* para ver á mi Ana mejor... La *Psiquis* era otra; su desnudo no era el que tenía antes de la confesión; se había desnudado de nuevo ella que ya estaba desnuda; había

perdido su emparedamiento, su malla ó su simulación y en su yeso había el azulete original de la carne de Ana y sus dos rosas de pitimíní. Me quedé extasiado, necesitando su cabeza, y alterné las miradas. Miraba su cabeza de un blanco y negro eléctrico, vivo en espiral el filamento metálico en lo negro de sus pupilas, y la colocaba con su negro pelambre japonés y su blancura de muñeca japonesa que perdía sus facciones por falta de sombra y agudeza, la colocaba sobre el cuello del torso desnudo y vivo al que miraba después.

Quise besarla por el rasgo y subimos al piso de arriba, sin conserje, siempre lleno de una atmósfera en que me había sentido muy solo muchas veces por no tener allí una mujer, la mujer que salvara los vaciados á la tristeza de su antigüedad y de su imposible.

—¡Qué hermoso y qué noble—había pensado yo muchas veces—sería en esos rincones del Museo, con aires é imposiciones de alcoba, gozar de un placer furtivo! ¡Qué hermoso para eso el lecho con cielo de damasco del Museo Arqueológico, la sala de Ti-



—Si nos encontramos á mi novio y se arma la gorda, tú, niña, te retiras.

—Bueno; pero te advierto que, por gorda que sea, no me asusto.



ziano en que el paisaje de los cuadros se alargaría, y las mujeres palparían y se harían mórbidas, todo como en su ocasión!

Cumplí ese deseo antiguo y la abracé con saciedad, como se abraza en los sitios prohibidos y solemnes, en las sacristías, en los antepalcos, en las escaleras, en los portales y en los jardines públicos

\*

Por aquella confidencia aquella mañana en el Museo de Reproducciones, ha quedado



—¿Qué clase de lápices tiene usted?

—Tengo lápiz compuesto, lápiz tinta, lápiz China, lápiz común.

—Pues sáqueme usted lápiz-China.

perpetuada aquella Ana que se fué para no volver, y para la que sin eso sería yo ciego como para otras mujeres que me desaparecieron, con esa ceguera tan irreparable y tan indefinible, que no es la del ciego de nacimiento, sino la ceguera de los calaveras, de cuencos bien roídos. Algunos días vuelvo por allí, y á mí que aquellos yesos me habían desesperado aun en los días de mi dominio sobre mujeres ardientes, hoy me dulcifican y me aplacan por el parentesco con esa Psiquis

colocada en la penumbra, un poco arrinconada, criatura de un yeso carnal por cómo el polvo le ha dado una cruda patina de carne jaspeada por el viejo tinte añilado que Ana le dió. Sólo falta la cabeza, aquella cabeza japonesa de Ana, tan morena y tan blanca, que vivió y me miró sobre el torso aquella mañana, y eso no es muy desolador porque los desnudos antiguos y definitivos no se descomponen por que les falte la cabeza, perdida en el mar de fondo de la tierra. ¡Como me complace en esos días mi Ana, desnuda con castidad, incorrupta por virgen y ajena á las deformaciones que la hayan sobrenvenido ó que la puedan sobrevenir!...

Ramón Gómez de la Serna

## La boda de Gaona

El invierno pasado, una noche, bebían cerveza en el *Lion d'Or* una cupletista honestita y muy moña, su mamá, su papá, un periodista viejo y un periodista joven.

De pronto la mamá interrogó al periodista joven:

—¿De modo que fué usted, quien inventó lo de los amores de La Goya y Bombita, que tanto cartel la está dando á ella?

El periodista joven dijo modestamente:

—Sí, señora.

Entonces añadió la mamá:

—¿Y por qué no dice usted que Paquita se va á casar con otro torero?

El padre dijo, haciendo un guiño:

—Con Vicente Pastor.

La mamá rectificó al papá:

—O con Gaona, que es más joven y más simpático.

Intervino en la conversación el periodista viejo y se habló de otra cosa.

Estos días los periódicos han anunciado que Rodolfo Gaona se iba á casar con la Escribano. Pero no es verdad. Según *El duende de la Colegiata*, lo ocurrido es que el señor "Celipe", papá de Paquita, y su señora, comenzaron á hacer creer, hasta al interesado, que Gaona quería á la linda cupletista, sin otro propósito, seguramente, que imitar á La Goya, que, á pesar todo, no tiene rival hasta el presente. Y que llegaron á tomarlo en serio y á creerlo, y ahora les va á parecer que el bravo torero queda mal si no se casa... que no se casará.

Nosotros le decimos... y nada más:

—¡Guarda, Rodolfo, y no seas primo, que te va á coger el señor "Celipe"!



# LAS FALSAS APARIENCIAS

**S**i, señores: he aquí una bonita historia que se podría titular "La bella y la fea ó las apariencias engañan":

Hasta hoy todos creíamos, ó por lo menos un servidor de ustedes, que en las mujeres no existe otra cosa que

tamente equivocados, y que así como bajo una mala capa se oculta un buen bebedor, detrás de un rostro sin encanto alguno pueden encontrarse otra clase de encantos capaces de producirnos la más maravillosa de las ilusiones, con tal que las sombras nocturnas ayuden un poco.

Es el caso que, hace dos semanas, me invitó una señora amiga mía, á quien llamaremos Julia, en obsequio á la discreción con que debo tratar este asunto de suyo escabroso; me invitó, digo, á pasar unos días en su magnífica posesión de Villamanta; un lindo pueblecillo situado entre las provincias de Avila y Madrid. La señora en cuestión es viuda y muy hermosa; no con esa hermosura que consiste en la robustez y en el desarrollo excesivo de lo que debe contenerse á límites elegantes y de buen gusto, sino esbelta, graciosa, flexible: una verdadera monada nacida para el deleite y la alegría. Sus formas son irreprochables y tan delicadas, tan suaves y deliciosas, que parece una mezcla de lo ideal y lo real, de lo espiritual y lo material, de lo... Bueno, adelante.

La señora y yo empezamos á mirarnos con tierna simpatía, que debió inspirarnos varios paseos por sitios misteriosos y más adecuados para los dulces regocijos del amor que para el ayuno y el cilicio. La belleza de mi amiga me empezó á trastornar. La simpatía amenazaba convertirse en deseo.

Una tarde... Disponíase el día á exhalar el último suspiro. Los campos despedían su olor poderoso; las primeras estrellas brillaban ya en el éter (supongo que sabrán ustedes que el éter es el espacio) invitando á los más agradables sueños... Mi amiga resistíase en las últimas trincheras de su virtud. Súbitamente, al influjo quizá de mis palabras, que nunca fueron tan elocuentes como entonces, se acercó á mí, y abandonándose...

—Esta noche... después de las doce...— balbuceó desasiéndose de mis brazos.

No resultaban muy á propósito los pasillos de aquella casa para deslizarse por ellos sin meter ruido; pero como el amor es un guía precioso para este género de excursiones, llegué feliz y rápidamente al cuarto de mi amada.

No había luz. Cerca de mí se oía una respiración anhelosa por la cual me guié para conocer el lugar á donde debía encaminarme. Un segundo después, dos brazos, exquisitos, suaves, se anudaron alrededor de mi cuello,



—¡Tío asqueroso! (aparte) ¡Y es simpático!

lo que se ve, es decir, que la hermosa será hermosa siempre en sus arrebatos y en sus languideces, á la luz del día ó bajo las sombras de la noche, y que la fea no podrá procurar á quien esté á su lado más que tedio y repugnancia. Bueno; pues ahora se vencerán ustedes de que estábamos comple-





—¡Qué barbaridad! ¡Cinco duros...!  
 —¿Qué es eso para quien tanto tiene?  
 —No me decías eso hace un momento.

y una boca divina, impaciente y sólida se estrechó contra mi boca... Después, en voz muy baja, me recomendó silencio.

¡Ah, lectores míos! ¡Qué horas aquellas! Todo lo que se ha escrito sobre las delicias de la carne, sobre la belleza de la mujer, sobre la flexibilidad de su cuerpo y la seda de su piel, sobre la conmoción nerviosa que producen unos besos esperados durante mucho tiempo, sobre la misteriosa alegría del éxtasis amoroso, todo lo imaginable acerca de tan vasta y complicada cuestión fué por mí visto, gustado y saboreado en aquella noche memorable. Y cuando al romper el día tuve que retirarme, me pareció que me arrojaban del Paraíso.

A media mañana, encontréme con Julia en el jardín. Su rostro fresco, rosado, sin una arruga bajo los párpados ni la más leve languidez en la mirada, me admiraron bastante, pues no era este el aspecto físico que debía ofrecer mi enamorada amiga después de la plática de la noche anterior. No parecía sino que aquella espléndida criatura se había pasado diez horas durmiendo de un tirón.

Al verme, retrocedió un poco turbada y escuchó con embarazo mis frases de amor y gratitud. Luego, bruscamente, me cogió una mano y me dijo al oído:

—Perdóneme usted, amigo mío... Le he engañado... La de anoche no fui yo... Fué una mujer que ama á usted apasionadamente y á la cual no hubiera usted correspondido nunca... después de haberla visto.

—¿Y quién es esa misteriosa enamorada?

—pregunté lleno de la natural curiosidad.

—Mi amiga Juana.

¡Santo Dios! Figúrense que la tal Juanita era una joven tres veces fea, con los ojos ribeteados de rojo y sin pestañas, la nariz roma y torcida, los labios negros, el cabello raro y de color indefinible y las mejillas pálidas como las de un cadáver.

Y vean ustedes lo que son las apariencias. Semejante mujer fué la que me transportó al Paraíso entre sus brazos incomparables; con la cual saboreé todas las delicias del amor y de la cual recibí todas las ternuras, todos los apasionamientos de que fuera capaz la misma Venus.

Un acceso de ira me obligó á inventar un pretexto cualquiera para abandonar á mi amiga Julia; pero ¡ay! todas las noches pienso en aquella mujer, verdadero prodigio al que no le faltaba más que la cabeza de Cleopatra para haber vuelto al mundo patas abajo.

En lo sucesivo miraré á las feas con más respeto, y sépanlo las lectoras "no guapas," de LA HOJA DE PARRA, atenderé con solícitud y discreción las cartitas que me envíen á la Redacción.

### Jacinto Carmin.



Ella.—¡Ay, que llega mi marido!

Él.—¡Canastos! ¿Me meto debajo de la cama?

Ella.—No, que trae cara de venir juguetón.



# EL PAGO DE LA INDISCRECION

**ESTA** semana abundan en París las emociones; los celos han hecho correr la sangre á cántaros; la crónica negra de los periódicos ha sido muy larga...

Pero no hablemos de cosas fúnebres cuando hay otras más alegres que relatar. La de M. Pontin, por ejemplo...

El escultor Mario Pontin estaba en rela-

vive sin hacer nada, brazo sobre brazo, envejeciendo tranquilamente delante de su *bock* de cerveza, como hombre archimillonario para quien el porvenir ha dejado de ser un problema: trabaja lo menos que puede; lo poco que hace tiene la buena suerte de cobrarlo á alto precio, y durante estos efímeros días de bonanza, triunfa y gasta con principessa esplendidez, deslumbrando á sus compañeros y amigos de *café-concert*, entre las cuales disfruta de envidiables simpatías.

En uno de estos últimos días el pobre Pontin estaba pasándolo muy mal, sin mesa, sin hogar y hasta sin ropa... Porque los contados trapitos que aún tenía, se habían quedado en un baúl que cierta patrona chasqueada se negó á entregarle en tanto no cobrase los cuatro ó cinco meses de pupilaje que Mario Pontin le adeudaba. En aquel baúl quedaron olvidados, juntamente con otros recuerdos amorosos de distintas mujeres, un puñado de cartas inflamables, escritas de puño y letra de Mme. X., esposa del telegrafista... Y, ¡qué coincidencia tan fatal!... Este honrado empleado era visita habitual de la antigua patrona de Mario Pontin. Una tarde se hablaba de los huéspedes que no pagan.

—¿Conoce usted á Pontin, el escultor?— preguntó la patrona.

—No—repuso el telegrafista—; pero claro es que, como buen artista, será un desequilibrado, un pobretón... Eso lo trae consigo el oficio; todos los artistas son iguales...

—Lo que usted dice. Hace más de dos meses que se marchó debiéndome más de quinientos francos, y aún no ha venido, ni vendrá probablemente, á recoger su baúl.

—Lo tendrá vacío—exclamó alegremente M. Pablo X., el telegrafista.

—Crea usted que en ello he pensado más de una vez.

—¿Quiere usted que salgamos de dudas?

—¿Cómo?

—Rompiendo la cerradura.

—¿Sería usted capaz!

—¿Por qué no?

M. Pablo no tardó en recibir el premio reservado á su aguda ocurrencia; en el baúl de Mario Pontin y formando dos abultados paquetes, estaba toda la correspondencia amorosa de Mme. X. El desdichado telegrafista leyó una carta, luego otra y otra y otra... Devorando frenéticamente el contenido de todos aquellos papeles malditos que repetían



Una oficiala.—¿Qué tiene hoy la maestra? ¡Cuánto debe sufrir!

La obra.—Como que su sobrino, el estudiante, abusa todos los días de ella.

ciones desde principio de año con la mujer de un telegrafista. Pontin es una de las cabezas más destornilladas de Montmartre: tiene ya treinta años y hace más de diez que





—Oye; me estoy acordando de aquel tío que estaba cara á la pared.

—¡Ya, ya! Parecía que le faltaba un tornillo.

—Que le sobraba, dirás.

lo mismo: "Te quiero, no puedo vivir sin tí, ven á verme"... La patrona, en pie detrás de M. Pablo, le miraba con aire compungido, como diciendo:

—¡Pobre señor! ¿Quién iba á pensarlo?...

\*

Este enredo tuvo ayer un desenlace trágico-bufo.

M. Pablo, que durante estos días ha tenido la heroica resignación de no revelar á nadie su descubrimiento, sorprendió el domingo último una carta en la que Pontin citaba á Mme. X. para aquella misma noche en un gabinetito reservado de la *Maison Brévant*. La hora de la dulce venganza había llegado.

Momentos antes de la hora fijada por el escultor, M. Pablo, sin que mediase explicación previa, cogió á su mujer por un brazo y la encerró en un cuarto, diciendo que allí había de estarse hasta que él volviese, y se-

guidamente calóse su sombrero, cogió un buen bastón y salió á la calle, dirigiéndose con gallardo compás de pies á casa de *Brévant*.

Hacia algunos momentos que el escultor esperaba, cuando la puerta del gabinete se abrió dando paso á M. de Pablo. El galán se levantó, palideciendo, cual si acabase de oír el trueno nuncio de la tormenta que se cernía sobre su cabeza.

—¿Mario Pontin?—preguntó el telegrafista.

—Servidor de usted.

—Muy señor mío. Vengo á decirle que, como mi señora no puede venir á cenar con usted, me ha enviado á mí. Conque, si le es á usted igual...

Y diciendo esto, enarboló el brazo, descargando sobre las estrechas quijadas de Pontin un puñetazo que le remachó las narices...

**Fernando Amado.**

París, 14 de Octubre.



—Así, hija mía; ¡ponte derecha, ponte derecha!

—¡Ay, mamá; te pareces al general! Toda la noche se la pasa lo mismo. ¡Ponte derecha!



# MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

## VUESTRAS CARTITAS AMADAS...

**C**ONTADOS SON los meses en que el correo no me trae, por lo menos, tres ó cuatro cartas de mujeres, bondadosas lectoras mías que, compadecidas de lo mucho que discurro y escribo para llenar con la mayor amenidad posible la sección á mi tacaño ingenio encomendada, se apresura á colaborar conmigo, refiriéndome lances pere-



—Ya se me van hinchando las narices con tu visita...

—¡Hombre; gracias á Dios que se te han hinchado alguna vez!

grinos, algunos chistosísimos, dramáticos los más, muchos de los cuales he aprovechado para estas mis disparatadas cróniquillas semanales de la *vida íntima*.

Yo agradezco profundamente á estas bellísimas colaboradoras el marcado honor que me dispensan, sometiendo á mi criterio humilde, lo que el suyo, juvenil y agudo, tuvo

por bueno y publicable; y lo agradezco tanto más, cuanto que sus cartas vinieron á sacarme de compromisos irresolubles, ofreciéndome con un asunto ameno, el medio fácil de llenar un puñado de cuartillas sobre las cuales mi agotada imaginación no sabía qué escribir.

¡Ah, hijas mías; vosotras no sabéis lo que es esto, y más vale (y así mi buena amistad os lo desea) que no lo sepáis nunca!... Vuestras frívolas cabecitas de pecadoras instintivas, no son merecedoras á tan cruel castigo.

Mi experiencia recompone fácilmente la escena que precede á la redacción de vuestros simpáticos billetes perfumados. Os veo en los palcos de la Comedia y de Apolo, fingiendo leer atentamente el periódico colocado sobre la barandilla, como ignorando que vuestra belleza os convierte en blanco de miradas, en asunto de conversaciones, en cebo de deseos; y luego os sorprendo en la intimidad, sentadas en los divanes de vuestros pintureros gabinetes japoneses, delante del velador en que la doncella colocó las tacitas del té, envueltas en elegantes batas azules y blancas, con mangas perdidas que descubren las morbideces del antebrazo, y pecheras que la modista adornó con cataratas de encajes; y vuestras cabelleras rubias ó negras que los cuidados del peluquero ahuecaron poniendo digno marco á la perversa belleza de vuestros rostros de vírgenes que ya han recibido la visita del ángel... Una de vosotras, la menos perezosa, coge el periódico y lee; las otras escuchan... ¡Dichoso de mí si luego, una vez terminada la lectura, consigo haceros reír!...

Después vosotras mismas os convertís en autoras y empezáis á referir cuentos de variados colores y episodios íntimos de esos que las mujeres y los hombres discretos suelen tener muy bien guardados, y las risas continúan más alegres, más fuertes. Luego nace en vosotras (vuestros adoradores os lo paguen en fidelidad!) el deseo de ayudarme refiriéndome, por carta, algo publicable; aventuras vuestras ó de amigas, episodios ciertos, que pueden narrarse sin empacho, variando los nombres de lugares y de personas.

—¿Quién va á escribirle?—pregunta la más impaciente.

—Tú misma.

—No, yo no; tú, que tienes mejor letra...

Y la carta queda hecha: una cartita bien oliente, escrita en papel de color y firmada,



generalmente, con el nombre de una flor...

Después, mi portera me dice:

Don Félix, aquí han traído esto para usted.

—¿Quién?

—Una joven; vino ayer tarde, á poco de marcharse usted...

Y yo cojo la carta y echo escaleras arriba, sonriendo, pensando en las doncellitas discretas, complacientes, accesibles al soborno, que salen á la hora del crepúsculo á cumplir las misiones que sus amas las confían.

Ayer recibí una carta de ocho carillas, firmada por *Heliotropo*.

¿Heliotropo?... No la conozco; mas no importa, la quiero; la quiero porque me lee y distinga juzgándome capaz de dar forma escrita á sus pensamientos.

"Si cree usted que esto puede contarse—dice su autora—, aprovéchele usted; de lo contrario, rómpalo y échelo al cesto de los papeles. Yo por eso no me enfado."

Hace usted muy bien, distinguida amiga, y procediendo así se acredita usted á mis ojos de mujer prudente y discreta. El episodio que usted refiere es tentador y crea usted que he vacilado mucho antes de darlo por inaprovechable.

Realmente, todo aquello del caballero distraído y cegatón que llega de visita y se guarda... (no diré dónde) un pañuelo que no es suyo, tiene mucha gracia; pero...

Felipe Trigo tal vez hubiese hallado medio de escribirlo: yo, señora ó señorita, no me atrevo; no sabría, no podría decirlo.

**Félix Recio**

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

**UN ALMA INEXORABLE**

por **E. Gómez Carrillo.**

**20 CÉNTIMOS**

## LOS CELOS TODO LO PUEDEN



ARECE que hay relaciones constantes entre ciertos acontecimientos y determinadas personas. ¿Por qué?... ¡Vaya usted á saber; averigüenlo los ocultistas que todo lo explican en virtud de corrientes magnéticas!...

Napoleón—según los que le conocieron

### LA MODESTIA DE VICENTE PASTOR



El.—No señora, no tiene importancia.

Ella.—¡Es que son seis seguidos!

y trataron personalmente, como el veterano *Don Modesto*—inscientemente, impulsado por una intuición maravillosa, siempre acertaba á encontrarse en los lugares más intrincados del combate y de mayor peligro. Hay cazadores afortunados á quienes las piezas parecen darles cita, periodistas como *El duende de la Colegiata*, á los cuales los acontecimientos les salen al paso.

A mí me sucede algo de esto; yo creo que el espíritu de la "indiscreción", camina de bracete conmigo, y la casualidad, socialífera y burlona, me guía con tal acierto que encuentro á los amigos cuando acaba de ocurrirles ó está á punto de sucederles algo interesante y digno de ser referido en letras de molde.

Ejemplo:

Ayer por la tarde fui á visitar al matrimonio X., dos excelentes personas á quienes conozco y quiero desde hace muchos años. Consuelo, la esposa, estaba sola.



—¿Y Pepe?—pregunté.

—De caza.

La noticia perecióme extraordinaria, pero me abstuve de comentarla, suponiendo que aquello sería una picardihuela de mi amigo, cuyas malas mañas conozco acaso mejor que su santa muter. En éstas (y he aquí la prueba indiscutible de que el dios Indiscreción no me deja de la mano), ¡trin, trin, triiiin!... el timbre de la puerta de la escalera ampezó á repiquetear, la criada corrió á ver quién llamaba, y momentos después penetró en el comedor, donde estábamos mi buen Pepe vestido de cazador, con la escopeta terciada á la bandolera y cargado de palomas y conejos.

—¡Míralo que traigo!—exclamó alegremente dirigiéndose á su mujercita; —¡vaya un botín!

Ella pareció admirada.

—Pero... ¿es posible que en dos días hayas cazado todo esto?

—Sí; el pulso me ayudó, no he perdido ni un tiro.

Consuelo iba contando: ocho conejos, dos perdices, catorce palomas...

—¡Qué atrocidad!—murmuraba con aire extraño.

—¿Has visto?

—¿Y con qué has matado todo esto?

—¿Con qué ha de ser?

—¿Con la escopeta?

—Naturalmente!... ¿Pues sabes que tu pre-

gunta tiene mucha gracia? ¿Crees que los conejos se cazan con liga?...

Enjonces ella, cogió la escopeta, metió un poco los dedos índice y anular por el cañón, y sacó tres ó cuatro largas tiras de papel.

—¿Ves—dijo—cómo eres un gran embustero?...

¡Y aquello fué el remedo del asalto de Troya, del desastre de Trafalgar y de todos los sangrientos cataclismos humanos!...

Pepe cogió una silla, Consuelo empuñó la escopeta á dos manos; gracias á mi intervención quedó de aquellos dos lobos enfurecidos algo más que los rabos.

El hecho fué el siguiente:

Pepe salió de su casa diciendo que iba á cazar, pero después, en vez de echar camino del campo se fué á casa de... Sin presumir que la desconfiada Consuelito le había llenado de serpentinás el cañón de la escopeta.

¡Dios le guarde á usted, lector amigo, de una mujer celosa!...

Luis de Ossa.

## APARTADO 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

